

Politica, finanzas, sexo y otras zarandajas

Este nuestro país, pese a su larga experiencia histórica, que debiera haberle otorgado una visión serena y acertada de las cosas de este mundo, tiene, sin embargo, una evidente mentalidad inmadura, añorada. De ahí que su caminar, mas que zigzagueante -recto sería pedir demasiado-sea pendular. Si avanza no es tanto porque tenga segura la meta o ideas claras de lo que desea, como porque las circunstancias del entorno lo empujan o arrastran; sin esa fuerza externa se limitaría a bambolearse, de la diestra a la siniestra, sin adelantar un ápice, como niño en un columpio. Y es que, en el fondo, lo que hace es eso: columpiarse.

No valen argumentaciones justificadoras basadas en la juventud de nuestra democracia, en la falta de experiencia, en la ausencia de hábitos. Se supone o, mejor, hay que exigir, que quienes toman las riendas o aspiran a cogerlas, tengan conocimientos y formación suficientes para saber usarlas y conducir correctamente. Porque ni la democracia es invento de hace unos días, ni estamos en una isla perdida o alejada de países que sirvan de ejemplo. Los acontecimientos que cada jornada nos sorprenden y dejan estupefactos, sólo tienen una explicación lógica: infantilismo. Nuestros políticos, nuestros financieros, - nuestros sindicatos, nuestros grupos de presión, parecen estar formados por escolares de EGB que, por imitación, juegan a realizar las acciones de los mayores. Max Weber o cualquier otro sociólogo clásico se hubiera vuelto loco al estudiarnos.

Ya somos una nación moderna. ¡Hala! Y, sin mas, en proceso inverso y contra corriente, fundamos los EEUU de Hispania, con tentaciones de desunión incluidas, para pasmo y admiración del ciudadano vulgar, que contempla, atónito, tantos parlamentos, tantos gobiernos, tantas administraciones superpuestas o paralelas que le confunden y, además, le

exprimen, con creciente avidez, los bolsillos. Claro que todo tiene su lado bueno y sus ventajas: De esta forma han podido "realizarse" esa multitud de políticos vocacionales -con predominio de hijos de papá- que antes se desahogaban en conspiraciones de bar y algarabias universitarias (hasta que los progenitores, burgueses, los enviaban a Oxford, con beca y todo) y ahora peroran, incansables, sobre problemas que nunca resuelven y en los que jamás coinciden; algunos, con suerte o influencias, pueden llegar hasta el trance y el éxtasis al sentir en sus posaderas la suave curvatura anatómica de un sillón de presidente, vicepresidente, consejero, viceconsejero, director general, director a secas, delegado, subdelegado..., en serie interminable.

Todo ésto, que incluso pudiera ser eficaz, por culpa de nuestra especial idiosincracia, se transforma en rémora y obstáculos. Cada cual se siente pontífice o virrey en su pequeña parcela de poder y no admite, celoso, iniciativas, sugerencias o ideas que no se le hayan ocurrido a él. Y como, generalmente, nunca se le ocurre nada, así nos luce el pelo.

Como es natural, la sociedad tiende a imitar los comportamientos de sus elites y de sus personajes famosos. La consecuencia es que, de repente, se nos ofrezca el espléndido espectáculo de un desmadre general. El sesudo, serio y hermético mundo financiero, actúa como en una comedia de enredo, con abundante salsa picante y romances viajeros; lo que, en cierta manera, sería enternecedor si no fuera, a la vez, tan rentable. ¡Estos chicos del dinero!... Contrariamente, los otros, los de nómina y desempleo, guiados por ese tozudo vasco de ideas fijas, cuyos oídos prestan atención excesiva a las sibilinas sugerencias de otras estrellas sindicales, desplazadas en el espectro de la luz hacia el rojo, según frase feliz muy divulgada, ante la contemplación de esas vidas inmersas en las dulces aguas de un hedonismo encantador - con sexo y lujo abundantes - , se irritan, no sin razón, porque todos deseamos alcanzar un estado tan atrayente y cómodo como el disfrutado por aquéllos. Tanto más cuando los hoteles de cinco estrellas, los autos imponentes, los chalés enormes,

las minifaldas provocativas y las discotequeras sexys, a todos nos incitan y atraen con impulsos irresistibles, porque todos somos iguales. Al menos eso dice la Constitución y lo confirman algunos jueces en sus sentencias.

Creo que Hacienda debe estudiar la forma de satisfacer todas estas aspiraciones y no presionar a cupleteras y ciudadanos grises. El Estado providencia -ya que vamos a la eliminación de cualquier otra- tiene la obligación de arbitrar los medios, sean milagrosos o no, para que cada cual pueda gozar, sin tasa, de los cuatro días que le tocan vivir. Si no, ¿ para qué los elegimos?.